

# El Barón de Río Branco y la tradición en la diplomacia brasileña

---

EXCMO. SR. DIRECTOR,  
EXCMO. SR. ALCALDE,  
EXCMO. SR. GOBERNADOR MILITAR,  
DISTINGUIDAS SEÑORAS, SEÑORES:

Ha querido la benevolencia de esta Academia elegir, entre brasileños de renombre, a mí, modesto diplomático, como uno de sus académicos correspondientes. Les confieso que semejante gesto me ha sorprendido tanto como enorgullecido. En este momento, el orgullo no puede ser tachado de sentimiento inferior; porque pertenecer a tan selecto grupo de hombres de letras y artistas, es privilegio que a bien pocos se depara. Deseo expresar, Sr. Presidente y eminentes colegas, mi agradecimiento por tan alta demostración de aprecio.

Deseo también manifestar el agradecimiento de mi compatriota, colega y amigo, el ilustre escritor y miembro de la Academia de Letras del Brasil, Don Osvaldo Orico, agraciado, por sus verdaderos méritos, también con el título de académico correspondiente y que aquí se encuentra presente.

El tema que he escogido para empezar mi cooperación con esta respetable Academia, es: *«El Barón de Río Branco y la tradición de la diplomacia brasileña»*.

No podía un diplomático de mi país, al recibir distinción como la que me han otorgado, dejar de enaltecer y revelar la figura símbolo, para nosotros, de la carrera diplomática. Es que además, al escoger ese tema, me ha parecido que ningún intelectual en mi país ha sido mayor científico de la Historia que el Barón de Río Branco, pues a la par de escribir historia y ser un gran geógrafo, ha podido aplicar en la práctica el caudal inmenso de sus conocimientos.

Espero me perdonen que este trabajo sea más extenso de lo debido. Era mi idea ser más exiguo. Sin embargo, este estudio abarca, Sr. Presidente, el período más enérgico de la historia política y diplomática del Brasil.

No me sería posible presentar la figura del segundo Río Branco, sin del primero mostrar las líneas maestras de su vida. Ambos se llamaron José María da Silva Paranhos. Ambos eran hombres de garboso porte. El Vizconde, el padre, medía un metro noventa y cinco. El Barón, el hijo, un metro ochenta. Descendían de una vieja rama portuguesa de la ciudad de Oporto. En el Brasil, la familia se había establecido en la tradicional Bahía. Sus mayores fueron casi todos distinguidos militares. El Barón fué el primogénito del Vizconde. El primer Río Branco ha sido uno de los mayores estadistas del Brasil, el gran político del Segundo Imperio. Durante su Presidencia del Consejo, el Segundo Imperio alcanzó su apogeo. Al llamar estadista al Vizconde de Río Branco, quiero destacar que con ello deseo me entiendan que ha sido político y diplomático. La formación mental del Vizconde ha sido hecha en las Escuelas de Marina y Militar. Formación matemática. La del hijo, el Barón, en las Academias de Derecho de São Paulo y Recife. Formación jurídica. Pero educado por el padre hasta la pubertad, se han quedado en su mente las exposiciones objetivas de su primer maestro y el gusto a la exactitud. La justa medida de los grandes espíritus. El Vizconde ha sido un gran tribuno y eximio negociador diplomático. Herencia moral e intelectual más rica no podría padre transmitir a un hijo.

En los salones paternos, el Barón adquirió las buenas maneras aristocráticas que siempre le distinguieron. El gusto a la elegancia se manifestó pronto. La delicadeza era uno de sus encantos. Su figura física, atrayente. En los salones del Vizconde se acostumbró a tratar a los nobles y políticos. El padre fué su maestro de idiomas.

Creo que el ambiente de alta política desde sus primeros años, le indujo a buscar en la Historia la explicación del presente. Porque al dar los primeros pasos, como estudiante universitario, ya le encontramos enamorado de la Historia y de la Geografía.

Desde niño viajó con su padre. A los siete años hizo su primer viaje a Montevideo. Eran los momentos difíciles en que el Imperio trataba de resolver sus problemas en el Río de la Plata. El

Vizconde, a los treinta y dos años, empieza a consagrarse a esos problemas. Serían las primicias para la resolución de las cuestiones de las fronteras. A los treinta y cuatro años, de regreso de la misión al Río de la Plata, el Vizconde es nombrado Ministro de la Corona. En adelante, su vida es para la política y la diplomacia. El Barón, privado del contacto directo del padre, ingresa en el colegio fundado por el Emperador Pedro II. A los diecisiete años, se inscribe en la Facultad de Derecho de São Paulo. Su porte ya es el de un adolescente, arrogante, casi rubio, piel fina y rosada. El ambiente está colmado de grandes estudiantes. El romanticismo en plena euforia. Pero el Barón estudia Historia y se dedica a las cuestiones internacionales. Es un estudiante corriente en jurisprudencia. Termina su curso de Derecho en la Facultad de Recife, en el Norte del país. En la Facultad adquiere la mentalidad del bachiller, el espíritu del liberalismo jurídico. Lo equilibra con el culto a la Historia Militar y con las enseñanzas de la forma lógica y matemática del Vizconde.

Muy joven todavía, a los diecinueve años, es socio fundador y Secretario del Instituto Científico, Sociedad de Estudiantes. En esa época empieza a trabajar con documentos inéditos. Surge en él el amor a las menudencias. Estudia y escribe la Historia Militar, los hechos más importantes de nuestras armas. A los veinte años sus estudios históricos son tan exactos, que muchos puntos oscuros y falsos de la Historia brasileña quedan por él aclarados. Va a los Archivos para buscar los materiales desconocidos. Se hace el historiador de la guerra con el Paraguay, entonces en los comienzos. Su patriotismo vivifica. El país vibra en un nacionalismo intenso. Las grandes figuras militares le entusiasman. Empieza a coleccionar, desde esa época, mapas, retratos, toda clase de documentos históricos. Proyecta escribir una Historia militar y diplomática del Brasil. En esa misma época comienzan sus actividades de periodista. Es historiador y periodista, las dos manifestaciones de su cultura, que han de ser los pilares maestros de sus triunfos. Un historiador ha dicho del Barón que sus dos pasiones en la vida han sido la del pasado más remoto, la Historia, y la del presente más inmediato, el periodismo. Discute en los periódicos la guerra del Paraguay.

En plena Guerra del Paraguay, en 1867, visita por primera vez Europa, recorre Portugal, Francia, Alemania y Austria. Fija su

atención en Francia y en Alemania. Es la Francia de Napoleón III. En París está la experiencia de un brillante mundo oficial. En Alemania el ambiente es distinto. Bismark proyecta su sombra guerrera sobre el Imperio Germánico. Muévense los prusianos. La Alemania de entonces es un país pobre y agrario, en contraste con la Francia industrializada y con la Inglaterra mercantilista. Un país de pequeños burgueses.

Regresa lleno de nuevas ideas. Había terminado para él el ciclo de estudiante superior. Urgía buscar una profesión. En 1866, antes de su partida, había sido propuesto para miembro del Instituto Histórico Brasileño. Tenía sólo veintidós años. Ese Instituto era el orgullo del sabio Emperador, su presidente. En el 67, es aclamado socio del mismo, y en el 68, toma posesión de su cargo. Pero el Instituto Histórico no le daba más que un título. Sus conocimientos de historia le llevan al Magisterio; la cátedra de Historia y Corografía del Brasil, del Colegio Pedro II en que estudiara, está vacante provisionalmente. Obtiene su nombramiento. Tres meses después cambia de opinión y abandona el Magisterio por la Magistratura. El prestigio del padre domina la Nación. El Vizconde de Río Branco pertenece al partido conservador. Será su «leaders». El Barón también abandona la Magistratura. En 1869, a los veinticuatro años, es elegido diputado a las Cortes. Todo indica una carrera brillante a ese privilegiado de la suerte. Elegante, culto, prestigiado por el nombre del padre y por su reputación de historiador y periodista, su ingreso en el Parlamento parecía indicar la ruta segura de sus triunfos futuros. Sin embargo, el destino trazaba otro camino para el joven al llevarle al Parlamento. Su carácter no se adaptaba a las luchas partidarias. Por otro lado, no poseía las dotes oratorias por las cuales se formaban los «leaders» y Ministros. El joven Paranhos, eso sí lo era, periodista, abogado, historiador, geógrafo, pero no tribuno. Y ha sido esta falta la que le ha apartado de la política de acción, partidaria, y la que le ha dado su verdadero rumbo a la gloria.

En 1870, año en que termina la guerra con el Paraguay, tiente una nueva carrera. El Vizconde de Río Branco le lleva al Río de la Plata como su Secretario. Una oportunidad a la diplomacia.

Su vida bohemia y su elegancia empezaban a darle nueva clase de fama. Como Secretario del padre, entraría directamente en el juego diplomático. Ya conocía un poco sus dominios, pues el

Vizconde de Río Branco había sido Ministro de los Negocios Extranjeros. Pero en el Plata veía los problemas de cara. Iba a conocer la posición política del Brasil en aquella zona tan importante para el Imperio. Asistiría al epílogo de la guerra con el Paraguay, de la que fuera el cronista. El Vizconde era el mayor conocedor de los problemas de política externa del Brasil, esa política que tenía una continuidad rigurosa, una única orientación. El Emperador era la fuerza central de esa política. Los partidos, al subir al Poder, mantenían la misma orientación. Los liberales y conservadores apoyaban la tradición y la orientación de sus antecesores. El conjunto de opiniones, pareceres de la doctrina jurídica internacional brasileña, servía de base a los nuevos Jefes. Los Ministros y los Jefes de Gabinetes del Imperio, han sido invariablemente especialistas en asuntos diplomáticos, y el Vizconde fué el mayor de ellos.

No es propio de este trabajo tratar específicamente de los problemas del Plata, pero permítanme que los mencione, pues eran toda la fuente de experiencias, entonces para nosotros, en política externa. No examinaremos los inconvenientes derivados del Tratado de Triple Alianza y los desentendimientos posteriores entre los aliados. Es propio de tales convenios semejante estado. Antes y durante el peligro, es más fácil el entendimiento entre naciones que se defienden. Pero vencido el enemigo, difícil es conciliar los intereses y el orgullo de los triunfadores. Apenas resalto que el Brasil, tradicional y fiel a su política internacional en la guerra con el Paraguay, no se ha beneficiado del territorio del vencido. De la política liberal del Imperio, surgieron las desinteligencias con sus dos aliados. Bien pueden valuar la experiencia que el joven Secretario adquirió entonces. Era un completo aprendizaje diplomático. Su padre había realizado un trabajo admirable. El Vizconde era reservado, sereno, hábil, paciente, indiferente al tiempo, firme en la política diplomática, sutil, astuto y audaz. Condiciones que el hijo, más tarde, reproduciría.

Terminada la guerra, el Imperio llegaba a su apogeo. El Vizconde de Río Branco es el nuevo Jefe del Gabinete. El Barón, su hijo, fué su colaborador indispensable. En la prensa, al lado de los grandes periodistas, ha sido el defensor infatigable de la obra paterna. En el Parlamento, para donde había sido elegido como diputado, explicaba hábilmente a los compañeros ciertos porme-

nores que en la Tribuna serían liviandades. El Brasil, en esa época tenía, sin embargo, una llaga social: la esclavitud. El Gabinete del Vizconde de Rio Branco dió el primer paso para borrar esa llaga, con la elaboración de la ley del vientre libre. Pero al referirnos tan sencillamente a ese episodio de nuestra Historia, quiero manifestarles la gran lucha que se despertó entonces. ¡Qué pasiones surgieron! ¡Qué intereses económicos entraron en choquel El Barón y sus amigos, por la prensa, han sido los principales puntos de apoyo de su padre. En ese momento se dedicó, casi exclusivamente, al periodismo.

Durante esa fase de su vida, el Barón estudia y amplía sus conocimientos históricos. Comenta la obra de Schneider sobre la guerra con el Paraguay, y sus notas completan el texto del escritor alemán, pudiéndose afirmar que su trabajo es tan vasto y perfecto como los tres volúmenes de Schneider. El Barón resalta en esos comentarios la unidad de la política externa del Segundo Imperio. A los treinta años, Paranhos es el único historiador brasileño que estudiaba a fondo ese conflicto. Probaba que el Brasil, al ir a la guerra, no abrigaba planes de conquista que le eran atribuidos por sus enemigos. La pacificación del Uruguay y la victoria de la guerra del Paraguay, respectivamente, en 1852 y 1870, eran prueba de ello. Vivían los grandes héroes de esa guerra y los políticos que llevaron en sus hombros el terrible peso de la política externa. El Barón, como previendo el papel que le cabría en el porvenir, busca declaraciones personales de esos prohombres. Su archivo histórico crece. No posee ningún método normal de trabajo. Al contrario, diríase que su bohemia hasta en eso tiene importancia. El horror a los horarios siempre lo tendrá. Su única disciplina es la interior. Para la sociedad de entonces esos hábitos hieren. En esa época el Barón almorzaba a las tres de la tarde y comía de madrugada. Mantenía amistad con artistas, y eso indignaba a los altos círculos sociales. Era trasnochador y lo sería toda la vida. En ese vivir, sin embargo, el elegante subsistía, mas una elegancia aristocrática, sobria por temperamento. Sus grandes amigos eran intelectuales y serían después figuras primordiales en el escenario nacional. En 1872, se enamora de una artista belga. Es su primer y definitivo amor. Los prejuicios de la sociedad se yerguen contra esa unión. El hijo del Presidente del Consejo, sin embargo, no permite interferencias en su vida. Es advertido que

el matrimonio sería la terminación de su vida política, de su entrada en la diplomacia y, posiblemente, su alejamiento de la sociedad, de su grupo. Pero su personalidad ya está formada.

En 1875, el Vizconde de Río Branco deja la Presidencia del Consejo. Ya no estaría obligado el hijo a defender al padre. El Barón se aparta del periodismo. Nada más le retenía. Podría buscar una nueva situación, y sus estudios piden campo vasto. Vuelve a pensar en la diplomacia, un puesto diplomático o Consulado. Este último sería la mejor solución, la más propia para los estudios históricos, por su aislamiento. Pleitea el Consulado en Liverpool, entonces vacante. Pero encuentra la resistencia del propio Emperador, severo censor, que no olvidará la afamada vida bohemia del Barón. No es que el Emperador no le admirase las dotes de inteligencia y saber. Pedro II no podía comprender los desahogos de la juventud. Es que el Emperador no tuvo juventud. El Barón mueve sus amistades. Ya desanimado, solamente con la ausencia del Emperador y junto a la Princesa Regente, consigue obtener ese empleo que sería fácil a los demás. En 1876 parte para Liverpool. Comienza otro ciclo de su vida, el del anonimato, del olvido, su gran fase constructiva. Iba a ser durante casi veinte años el Cónsul del Brasil en Liverpool. Era la prueba final. ¿Perdería con su alejamiento de la patria su grande y avasallador amor al Brasil, o en la soledad brotaría más fuerte esa virtud?

Inglaterra con sus instituciones, le revelaría la política liberal de la época victoriana; Francia la inteligencia; Europa sería el escenario amplio en que su visión de historiador penetraría en busca de las lecciones del pasado para explicar los hechos del presente. Alemania, poderosa, dominaba el Continente. Pero es en las instituciones de Inglaterra donde el Barón encuentra el mayor manantial para sus observaciones. Disraeli dilata el Imperio Británico. Amplía la geografía política de la Corona. Disraeli prepara las reformas sociales. Gladstone cimienta las normas de las libertades políticas. Liverpool era antes de la fase industrial un puerto pobre. Mas a la llegada del Cónsul Paranhos es, no solamente el mayor puerto de las islas Británicas, sino también el mayor del mundo. La riqueza del Universo a él aflúa. El trabajo consular era enorme. En 1880 entraron en el puerto 20.249 embarcaciones. El nuevo Cónsul organiza su oficina. Con la benevolencia del Ministerio del Brasil en Londres, obtiene siempre permisos para

ir a París. Su capacidad de trabajo era inmensa. En París recoge los buquinistas, los archivos, acumula mapas, escribe notas y traza planos. De Liverpool remite regularmente a su Ministerio informaciones perfectas. Desde las Islas Británicas puede observar en conjunto la política internacional del Universo. Adquiere además en Inglaterra el respeto a la opinión pública.

En 1879, visita con el viejo Vizconde, Italia. Deslúmbrese con el pasado de Roma, de Venecia y Florencia. Un año después, es llamado con urgencia al Brasil. Llega a tiempo de asistir a la muerte de su padre. Tórnase jefe de la familia, que se fija en París. En 1884, es nombrado Delegado del Brasil en la Exposición de San Petesburgo. Pasa casi un mes en Rusia. Su trabajo ha sido intenso y los resultados excelentes. Escribe un pequeño libro de divulgación, noticia general sobre el Brasil.

Río Branco está en plena fase de preparación. En realidad su residencia es París. Estudia hasta la madrugada. Su Biblioteca es ya una de las más completas sobre cosas del Brasil. Acumula 6.000 volúmenes. Se dirige a los colegas y especialistas de Portugal, España, Italia y Holanda, y pide copia de documentos, de mapas, material que después será su arma invencible en la solución de las cuestiones de límites. Se había convertido en el mejor conocedor de la historia y de la geografía brasileñas. Aclara centenares de cuestiones dudosas. Pesquisa en casi todos los archivos del Viejo Mundo. Busca documentos inéditos. Su personalidad comienza a ser conocida en Europa. Levasseur y Elisée Reclus le consultan en asuntos americanos. Del Brasil otros historiadores apelan a sus conocimientos, y ya le llaman maestro. El siglo XIX es el período de los Archivos. Se perfeccionan los métodos de pesquisas. La Historia y la Geografía comienzan a tener un concepto nuevo, como elementos de comprensión de la política de los pueblos. Es el comienzo de la Geopolítica.

En 1889, se abre la Exposición de París. Es uno de los períodos de mayor actividad intelectual del Barón. Escribe varios trabajos. Uno para la gran Enciclopedia. Su amistad con Levasseur explica que el Brasil haya ocupado en esta publicación un número de páginas mayor que el de Inglaterra. En el Brasil comienza a ser conocido del público como historiador.

En 1888, había sido hecho Barón. Antes había recibido la Encomienda de la Rosa, la más alta distinción del Imperio. Fué su



trabajo, su colaboración en la Enciclopedia, sin embargo, lo que le hizo popular en su país. Ruy Barbosa, la mayor inteligencia del Brasil, periodista, hombre de letras, orador y jurisconsulto, publica en la prensa un artículo de gran elogio al Barón. Era la consagración, el comienzo de la Gloria.

Su vida era íntima. Vivía en casa. En el Gabinete. Su ternura estaba consagrada a los hijos. No se crea que la Historia y la Geografía lo tenían absorbido. Sentía la Literatura, la Pintura y se deleitaba con los objetos de arte. Su círculo de amigos se componía en París de portugueses y brasileños. Grandes nombres todos. Allí estaban Ecça de Querós, Eduardo Prado, Ramalho, Ortigão, Joaquín Nabuco y muchos otros.

La proclamación de la República brasileña, en 1889, fué para el Barón el desmoronamiento de su mundo social y político. Piensa en abandonar el Consulado, mas el deber hace que consulte al Emperador depuesto, a fin de que la Majestad decaída determine su actitud. Don Pedro II, desde Cannes, le manda un telegrama aconsejando que se quede como Cónsul, que es su deber servir a su país. El Emperador, con ese gesto, compensaba aquél del pasado, su oposición al Consulado, y abría para el Barón el camino del triunfo. Temía el Barón que la República transformase al Brasil en un país de caudillaje. Los primeros meses de la República le dejaron abatido. En el año siguiente perdía a su madre. Vuelve al periodismo intenso. Escribe crónicas sobre el Brasil para los diarios europeos. Llegaba a los cincuenta años. El Gobierno de la República le da entonces la primera Misión diplomática, enviándole a Italia, para resolver una cuestión de emigrantes. Mas es sólo en 1893 cuando el Barón entra en las puertas de la Gloria. La muerte del Jefe de la Misión brasileña en Washington, para defender junto a los árbitros la cuestión de límites con la Argentina en la vieja disputa del territorio de Misiones, le da esa oportunidad. Invitado para sustituir al fallecido Representante, acepta. Está terminada su carrera burocrática. Empieza la del hombre de Estado.

Hasta los comienzos del siglo xx, la historia diplomática de América del Sur, es casi la historia de sus cuestiones de límites. Las fronteras del Brasil de la época, habían sido fijadas dentro de un criterio de evolución histórica. La doctrina del *uti-possidetis*, que el Brasil erigiera como sistema de derecho territorial, venía de los comienzos de la colonización portuguesa. La prioridad de

la ocupación sobre la tesis de la legitimidad del dominio. No es necesario revivir la vieja cuestión tan conocida. Ni las bulas papales, ni el tratado de Tordesillas solucionaron el problema. De un lado, portugueses y brasileños invadían los límites españoles. De otra parte, los españoles en el Pacífico ocupaban las Malucas y las Filipinas, zona portuguesa. Durante los sesenta años de la unidad peninsular, las cuestiones de límites en América del Sur desaparecieron. Es ese momento cuando los brasileños avanzan hacia el Oeste, libres de oposiciones. La línea de Tordesillas no tiene ya valor. El ganado y el oro llevan a los «bandeirantes» para el interior. La independencia portuguesa reabre la cuestión. El tratado de Paz de 1668 nada trató de los límites de América. En 1750 es firmado el Tratado de Madrid, casi obra de un diplomático brasileño, Alexandre de Gusmão, Consejero del Rey de Portugal, Don João V. Están ligadas así la metrópoli y la colonia por la tradición diplomática. Gusmão es un espíritu realista. El Tratado de Madrid es en adelante la base y la fuente de las negociaciones futuras. En su preámbulo están los fundamentos de la doctrina del *uti-possidetis*: Que cada parte ha de quedar con lo que actualmente posee. Los tratados posteriores de El Pardo, San Ildefonso y de Paz de Badajoz, dejaban abierta la vieja cuestión. Así, cuando el Brasil se hizo independiente en 1822, no había en verdad derecho escrito que regulase las fronteras con las antiguas colonias españolas. Ante el gran número de nuevos Estados, el Imperio del Brasil procuró construir una doctrina precisa para servir de base a las negociaciones. Esta ha sido la del *uti-possidetis* en derecho internacional.

El Barón vuelve a tomar esa doctrina de la política imperial y hace de la misma el fundamento de sus trabajos en las cuestiones de límites en Wáshington. Río Branco desarrolla una actividad prodigiosa. Escribe seis volúmenes que constituyen la Memoria presentada al Presidente Cleveland, monumento magistral de erudición. Río Branco tuvo como antagonista al ilustre argentino Doctor Estanislao Zeballos. La sentencia arbitral ha sido favorable al Brasil, que incorporó 30.622 kilómetros cuadrados a su patrimonio territorial.

Al tenerse conocimiento en el Brasil del resultado de la sentencia del Presidente norteamericano, el nombre del Barón pasó al dominio de la popularidad. Invitado por el Gobierno del Brasil para ir al país a recibir los homenajes, no acepta. Regresa a París,

mas allí recibe en 1895 nueva misión, la de estudiar la cuestión de límites con la Guayana francesa. Pide entonces dimisión del cargo de Cónsul en Liverpool. En 1898 muere su mujer. Los hijos son mayores. A partir de esta fecha no tendrá ya más vida particular; se consagrará enteramente a la Patria.

En 1897, el Brasil y Francia firman un Tratado en el cual someten el territorio en litigio al juicio arbitral del Presidente de Suiza. En el año siguiente, Río Branco es nombrado oficialmente Ministro Plenipotenciario, en misión especial para defender los derechos del Brasil ante el árbitro. El origen de la cuestión databa del siglo XVII. El problema con Francia era más complicado que con la Argentina. No es que fuera más difícil. Llega sin embargo a un clima peligroso durante las negociaciones. Francia amenaza. El Barón repele con dignidad, y, por primera vez alega la solidaridad americana, la doctrina de Monroe. Su prestigio ya era entonces sólido junto al Gobierno brasileño. En 1899, hace entrega de su primera Memoria, en cinco volúmenes. La cuestión de límites con la Guayana francesa era un problema histórico. Tiene ocho meses para preparar la réplica a la Memoria francesa. De todas las partes del mundo llegan documentos. Agota la capacidad de trabajo de sus Secretarios. La habilidad del genio francés de análisis exige que el Barón estudie hasta las gramáticas y diccionarios de los dialectos indígenas para deshacer tales argumentaciones. Se encontraba ante una diplomacia sutil y antigua. Dentro del plazo entrega su Memoria. Su ambiente en Berna es excelente. En 1900, en el último mes del año, uno de los representantes suizos llevó la sentencia arbitral a su casa. Era favorable al Brasil. 260.000 kilómetros cuadrados ampliaban el territorio brasileño. El triunfo fué conmemorado en el Brasil con delirio. El Parlamento, por ley especial, le dió el título de Benemérito, además de una dotación anual de 24.000 cruzeiros y de un premio de otros 300.000 como recompensa nacional por los relevantes servicios prestados a la Patria. Tenía cincuenta y cinco años y otra vez estaba sin carrera. Pero entonces ya no sería abandonado por la Patria, y en el año siguiente es nombrado Ministro Plenipotenciario del Brasil en Berlín. La Alemania que Río Branco encuentra no es ya la de su juventud. La mano de hierro de Bismark había cambiado la romántica patria de Goethe en una administración prusiana. Su transformación era completa. De nación agraria

había pasado a ser el mayor parque industrial de Europa. En Berlín, Río Branco completó sus conocimientos de política internacional. Su horizonte se había ampliado.

En 1902, el Presidente electo del Brasil invita al Barón para su Ministerio del Exterior. Por primera vez rehusa. No desea volver a la política; pero el Presidente insiste varias veces y él por fin accede. El monárquico está reconciliado con la República. Empieza el último capítulo de su vida, el mayor, en que se ha revelado estadista. En los diez últimos años que le quedan de vida eleva el nombre del Brasil a culminaciones internacionales hasta entonces desconocidas. Ya no escribirá más historia. Será en adelante la acción, la energía, el mayor hombre de su país.

Su llegada a Río de Janeiro fué una apoteosis. No desea afiliarse a ningún partido. Su compromiso era servir a la Patria. La Cartera de relaciones exteriores fué la predilecta de su padre. Al asumir el Ministerio toma posesión del mismo como verdadero Jefe. La Cartera, le había asegurado el Presidente, no sería un Ministerio político. Río Branco, es el trazo de unión entre la tradición diplomática del Imperio y la nueva política externa de la República. Hay una cuestión grave para resolver. La región del Acre en el alto Amazonas pertenecía a Bolivia y estaba poblada de brasileños. Bolivia no podía ejercer sobre ese territorio su soberanía por la rebeldía de sus habitantes. Esos brasileños habían poblado el Acre por un fenómeno económico. Fué un nuevo «rusch». Nueva tierra de promisión. La zona más rica del mundo en caucho, el oro negro. El Gobierno de Bolivia creyó resolver el problema arrendando a un Sindicato, constituido por capitales anglo-americanos, esa gran zona. Pero lo que Bolivia no previó fué la reacción, no solamente del Brasil, sino también de las naciones suramericanas. El contrato con el Sindicato violaba el derecho internacional, pues Bolivia delegaba al Sindicato una gran parte de su soberanía. El Brasil hizo todo para que Bolivia rechazase ese contrato. Inútil. La población del Acre en pie de guerra se enfrenta contra el Gobierno de la Paz. Para dominar la situación, Bolivia combate a los insurrectos y declara filibusteros a los acreanos en armas, siendo como tales fusilados sumariamente. Al asumir la Cartera inmediatamente, Río Branco telegrafía al Ministro del Exterior de Bolivia, para decirle que el Brasil protegería a sus nacionales residentes en el Acre y que estaba dis-

puesto a impedir por todos los medios los actos de violencia contra ellos efectuados. Con ese paso, Río Branco transfiere la cuestión del Acre del terreno de la geografía y de la historia para el de la política. Después levanta la duda sobre los límites. En seguida procura separar al Sindicato del Gobierno de Bolivia. Negocia con aquél y resuelve con el mismo, previo pago de fuerte indemnización, la desistencia de su contrato. Sondea la opinión pública en artículos en los periódicos. Se siente apoyado. El diplomático es popular. La tensión entre Río de Janeiro y la Paz, aumenta. El Barón es, sin embargo, el hombre de la Paz. Difíciles aquellos días. Pacientes las negociaciones. No quiere una solución que tenga aspecto de conquista. Quiere estar dentro del derecho internacional, de la tradición de la política exterior del Brasil. Coloca el problema en la base de la adquisición de Acre y de compensaciones territoriales. El Acre en cambio de 2.000.000 de libras esterlinas, mas el compromiso de construcción de una línea de ferrocarril que beneficiará a los dos países y de ciertos territorios en otra zona de la frontera. En Noviembre de 1903, en Petrópolis, ciudad de montaña, vecina a Río de Janeiro, era firmado el tratado. El Brasil incorporaba cerca de 200.000 kilómetros cuadrados de tierras a su mapa geográfico. El tratado de Petrópolis ha sido la obra maestra del Barón y su cuestión más difícil. En ella Río Branco se mostró historiador, geógrafo, diplomático y político.

Había, no obstante, otras cuestiones de límites pendientes. En 1909, llega a un acuerdo con la Cancillería de Lima. Pero no hay triunfos sin reveses. El territorio litigioso con la Guayana Inglesa, sometida al arbitraje del Rey de Italia, fué adjudicado en Inglaterra. El Barón sabía que el arbitraje no debería ser la solución permanente de esa clase de desinteligenacias. Siempre había dado preferencia a los acuerdos directos entre las partes. Firma, poco después, un convenio de límites con El Ecuador. Con la Guayana Holandesa el tratado no tuvo dificultades. La política diplomática del Barón se había tornado popular. Su visión de estadista subyugó la opinión pública.

Se transformó en el más poderoso Ministro del Gobierno. Su nombre se proyecta en el Continente. Es conocido ahora como «el Barón». El palacio Itamaraty, su casa. Río Branco llegó al equilibrio. Ningún movimiento de humor desagradable. Espíritu de conciliación. Diplomacia como arte. El erudito, el diplomático y el

político con medidas iguales. Su seducción personal, con la edad aumentó. Hizo amistades en todas las edades y con todas las edades. Era amado por el pueblo siendo aristócrata. Jamás dejó de servirse de la prensa. Todos sus actos principales eran preparados con hábiles campañas periodísticas. Llegaba a escribir artículos contra sus principios e intereses para poder rechazarlos y mejor esclarecer la opinión pública. Vivía en el propio Ministerio, en su gabinete de trabajo. Su actividad era pasmosa; iba desde los preparativos de las fiestas, colocación de flores, selección de invitados, hasta los menores detalles en sus instrucciones a los diplomáticos. En 1905, eleva a la categoría de Embajada la Legación en Washington. En el mismo año obtiene el primer Cardenato suramericano para el Brasil. A la par de esos triunfos, repele agravios, como en el caso del barco de guerra alemán «Panther», de repercusión internacional. Cada vez amplía más su política de aproximación con Estados Unidos. Comprende el valor de la doctrina de Monroe. Deshace intrigas y procura la unidad continental con un entendimiento directo entre los tres mayores países de Suramérica. Aún en 1905, preside en Río de Janeiro el Congreso Científico Latino-Americano.

En 1906, se reúne también en Río de Janeiro la tercera Conferencia Panamericana social, prestigiada por la presencia del Secretario de Estado Norteamericano Root.

La República llegaba a la estabilidad. Su política interna y externa eran fuertes. Río Branco contribuía para el respeto a las Instituciones. El Itamaraty, la Cancillería brasileña también era ya un símbolo y el Barón la figura moderadora del régimen. Terminado el Gobierno del Presidente que lo invitara, la opinión pública le reindicó para continuar al frente de la Cancillería. Y él prosiguió su admirable obra. Meses después de estar en el Poder el nuevo Gobierno, se firmó en Bogotá, en 1907, el Tratado de Límites con Colombia. A la prudencia del Barón se debe ese acuerdo. Aún en 1907 Río Branco alcanza nuevo triunfo. Se reúne en La Haya la segunda Conferencia de la Paz. Los pueblos presienten el terrible conflicto que se aproxima y tratan de detenerlo. De todo ese esfuerzo ha quedado muy poco, y además de su significación, la ansiedad pacífica de los pueblos, restan las conquistas para la humanización de la guerra. Terminóse la era del Derecho Internacional. Río Branco confía a Ruy Barbosa la Jefatura de la

Delegación del Brasil. Prepara para el gran tribuno y jurista todo lo que le pueda favorecer el triunfo. El Brasil deseaba que América se presentara unida a la Conferencia. Esa unidad, sin embargo, no representaba sumisión a la gran República del Norte. Tanto es así que luego se ha visto la actitud del Delegado brasileño divergente, en varios puntos esenciales de la orientación de los Estados Unidos. En esa Conferencia del Brasil encarnó verdaderamente la unidad americana y si ésta no ha sido más completa, se debe a la natural inclinación que tienen las grandes naciones de apartarse en las Asambleas Internacionales, en detrimento de las pequeñas. La figura del Jefe de la Delegación Brasileña crecía siempre. El proyecto del Tribunal de Prensas colocaba a las Naciones de América latina en condición inferior a la de los pequeños países europeos. El Brasil protesta. El Barón organiza la defensa. Semejante injusticia vendría a desmoralizar la Conferencia. La actitud del Brasil indigna a las grandes potencias. El Brasil se queda solo; ha sido el único voto en contra. Pero la cuestión magna vendría inmediatamente después con la formación del Tribunal de Arbitraje. La tesis brasileña era la de la igualdad de los Estados libres y soberanos. Esta vez el Brasil no quedó aislado y vencido. Ruy Barbosa dominó la Asamblea. Los Estados Unidos no estaban con nosotros. Pero la América latina se reunió en torno del Brasil. Las grandes figuras de la Conferencia, Martens, Marchall, Choate, están perplejos. El Representante de Alemania, la más fuerte figura de la Conferencia, declara que tiene gran respeto al Poder y que así jamás consentiría que una Nación como la suya fuese juzgada por un Juez representante de Guatemala. El Delegado del Brasil replica que tampoco los pequeños, por semejante criterio, podrían confiar en la imparcialidad de los grandes. El proyecto de los grandes fracasa. La actitud de Ruy repercute en la opinión pública brasileña. El Barón por la Prensa informa al país. El Brasil prueba ante el Universo el principio tradicional de su política exterior: su confianza en el derecho. La política del Barón de Río Branco, que es la política tradicional del Brasil, se tornó conocida.

Pero esos triunfos despertaron recelos y envidias. En algunos países limítrofes surge terrible campaña contra el Barón. En 1908, estalla el incidente con el Ministro de Exteriores de Argentina, Estanislao Zeballos, su antiguo antagonista en Wáshington. Más

conocido por el caso del telegrama número nueve, esa infeliz des-inteligencia terminaría por enseñar a América la honradez de nuestro Canciller. Zeballos dimite. Por suerte, la verdad puso fin a este estado de cosas y la amistad con la Argentina, nuestra gran vecina, pudo ser restablecida en bases todavía más sólidas.

Durante casi diez años de Ministro, Río Branco cuidó siempre de la defensa nacional. El cronista de la guerra de Paraguay conocía bien que no hay nación respetada sin un ejército organizado y una marina que le pueda garantizar la integridad del litoral. Nuestro ejército de entonces se encontraba en una fase de completa desorganización. Y la marina lo acompañaba de cerca. De la primera escuadra de América del Sur, una de las mejores del mundo, habíamos pasado a uno de los últimos puestos. Río Branco prepara y aconseja reformas para ambas fuerzas. En 1940, el Gobierno propone un programa naval. Tres años después amplía el tonelaje de los acorazados. Esas reformas despiertan recelos. Los demás países no querían considerar el desarrollo del Brasil, su inmensa aérea terrestre y su frontera marítima, y Río Branco calma en discursos y artículos esos recelos, y se hace el paladín de la paz y de la concordia de América. Está considerado como el mayor estadista del Continente. Grandes figuras internacionales visitan, a convite suyo, el Brasil: Clemenceau, Ferrero, Anatole France, por citar solamente los de más renombre. Su falta de sistema de trabajo sigue lo mismo. La sede de la Cancillería brasileña pasaría adelante a ser conocida como la Casa de Río Branco. Todavía están allí sus objetos, sus cuadros, sus estatuetas, tapices, muebles, todo a su gusto. Su gabinete de trabajo era una celda. Grandes mesas cubiertas de libros y de papeles en desorden y un biombo escondiendo una cama de hierro. Verdadero asceta.

Por dos veces le fué ofrecida la candidatura a la Presidencia de la República por una de las facciones políticas. Pero en 1908 comienzan a aparecer ciertos síntomas alarmantes en la política interna. Río Branco comprende la situación. El nuevo período gubernamental presagiaba mudanzas radicales en la política. En realidad ese Gobierno se había rodeado mal. Y la violencia brotaba espontánea.

En 1909, firma con el Perú un Tratado de Límites. Quedan establecidas las fronteras del país. Su obra estaba para concluir. De la región disputada por el Perú, 403.000 kilómetros cuadrados,



39.000 quedaban con el Perú. El mapa del Brasil estaba completo. Casi 900.000 kilómetros cuadrados habían sido definitivamente incorporados al país. Y eso sin el poder de la fuerza, sin conquista, por el saber, por la justicia. Ningún país fué violentado en sus derechos. Pero el Barón no podía terminar su obra sin completar la justicia de sus principios. Aún en 1909 entregaba al Uruguay, por el Tratado de 30 de Octubre, espontáneamente y sin ninguna ventaja para el Brasil, el condominio de jurisdicción sobre la Laguna Mirim. Era ese el primer acuerdo de este género que se conocía. El gesto del gran Canciller fué aprobado por la opinión pública brasileña, y el Presidente de la República del Uruguay, en su mensaje al Congreso, declaró que la Cancillería había dado al Uruguay mucho más de lo que la diplomacia de Montevideo había pedido en otras épocas. Río Branco reivindicó para la Patria los territorios que de hecho le pertenecían, pero supo restituir los que no nos pertenecían. Al terminar su misión, el Brasil estaba en paz y armonía con todos los países de América.

Las crisis políticas internas sucesivas y las violencias del Gobierno en 1912, apresuraron su muerte. Pide exoneración para no cooperar con un Gobierno partidario de la violencia. Cede ante la insistencia y las promesas del Presidente de restablecimiento de las libertades constitucionales. El día 5 de Febrero de 1912 sufre un ataque de insuficiencia renal. El 9 agoniza. Termina de sufrir el 10. La gran figura brasileña del siglo XIX acabó aún creyendo en el Derecho. No veía la violencia desencadenada ni la fuerza triunfante.

La Casa de Río Branco, Señor Presidente, es nuestra escuela diplomática. Nuevas generaciones tienen sus ojos fijos en el gran símbolo. Por donde estemos, sus ejemplos nos guían. El Itamardy sigue envuelto en el prestigio que le ha legado el Barón. Y con el tiempo, con la distancia, la figura del gran Canciller más crecerá y más nos ayudará a comprender el milagro de su esfuerzo, de su patriotismo, la inmensidad de su política.

He aquí el hombre símbolo, Señoras y Señores, cuya vida y obra en resumen he querido que conozcan, porque figuras como ésta son patrimonios del Universo.

Antônio Mendes Vianna

Primer Secretario de la Embajada del Brasil en España.